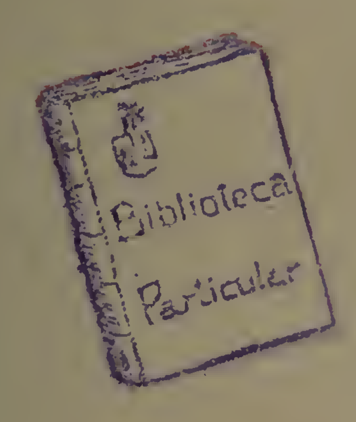
FRANCISCO DE LA TORRE y ALFONSO CAÑADAS

Las delicias de un balneario

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA





1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
MADRID

Las delicias de un balneario.

Las delicias de un balneario

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO DE LA TORRE Y ALFONSO CAÑADAS

Estrenado con gran éxito en el Teatro Principal de Cádiz la noche del 8 de Mayo de 1920.



CÁDIZ

TIPOGRAFÍA COMERCIAL

Antonio López, 6.

1920

A la Compañía Cibrián-Meliá:

Agradecidos de la buena interpretación que le dió esa Compañía la noche de su estreno, el 8 de Mayo, le dedicamos esta obra en prueba de gratitud.

Los Autores.

REPARTO

Personajes.	*Actores.*
Sirena......................	SRA. BLANCO
Doña Raimunda...........	» CALLEJAS
Don Benito................	SR. CASTAÑO
Antonio	» BENEDITO
Manolito	» AZAÑA
Don Procopio	» CLIMENT
Don Gumersindo	» BENÍTEZ
Camarero..................	» GONZÁLEZ



ACTO UNICO

La escena representa la parte alta de un balneario. Al fondo terraza que da a la playa. Dos puertas en cada lateral. La escena está amueblada con sillones y sillas de mimbre, una mesa en el centro con periódicos y otra entre las dos puertas del lateral derecha con recado de escribir; entre las dos puertas del otro lateral un biombo. Derecha e izquierda, las del actor. Al levantarse el telón están en escena DON PROCOPIO y DON GUMERSINDO sentados a ambos lados de la mesa del centro. Son andaluces, y por lo tanto, embusteros.

ESCENA PRIMERA

PROC. Eso que me cuentas es prodigioso, amigo Gumersindo.

GUM. Pues eso no es nada comparado con lo que sucedió aquí hace unos días.

PROC. ¿Pues qué sucedió?

GUM. Pásmate, agárrate y escúchame, que te vas a quedar como petrificado.

PROC. Habla.

GUM. Vino a este Balneario un matrimonio muy rico de Madrid, cuando un día notamos todos los huéspedes de este establecimiento que el matrimonio había desaparecido hacía dos días sin dejar rastro alguno de su persona. Manifestamos nuestras sospechas al dueño del Balneario, el cual, después de interrogar a toda la dependencia, puso en claro que el matrimonio había salido la tarde antes a pescar en un bote, sin que a la hora presente hubiera más noticias.

PROC. ¿Qué me cuentas?

GUM. Verás. Oir eso esa señorita y lanzarse al agua, todo fué uno, y a los cuatro días apareció con el matrimonio en cuestión sano y salvo y que traían una gran merluza.

PROC. ¿Se habían emborrachado, no?

GUM. No, hombre, era el producto de la pesca.

PROC. Pues chico, si no te cuelas, esa señora es un pez.

GUM. Que un pez... Una Sirena, como la llamamos aquí.

PROC. Hombre, me gustaría conocerla.

GUM. Pues vamos a la playa, que a esta hora siempre suele estar allí. (Haciendo mutis.) Y ya verás mujer, nunca se acaba de decir lo bonita que es.

PROC. Vamos. (Hacen mutis foro.)

ESCENA II

DON BENITO y DOÑA RAIMUNDA.—2.ª lateral derecha.

BEN. No te lo dije, mujer, no te lo dije, un verano aquí es inmejoroble. Esto es la gloria.

RAIM. Gracias a Dios que hemos encontrado un Balneario tranquilo... ¿Donde estará Antoñito?

BEN. Seguramente en la playa. Sí, si, en la playa estará. Ve a buscarlo.

RAIM. No. Tú conmigo. No te dejo aquí solo, porque aunque en este Balneario no hay muchas muchachas, no quiero que me juegues la trastada del verano pasado.

BEN. (Haciendo mutis foro.) Considera que aquello fué...

RAIM. Nada, nada. No me tienes que decir nada. (Vanse foro.)

ESCENA III

SIRENA y MANOLITO.—2.ª lateral izquierda.

SIRE. Ya le he dicho, joven, que no me importune más con sus inútiles galanteos.

MAN. Sirena... Sirenita...

SIRE. Jesús, que pesado es este hombre.

MAN. Se lo suplico.

SIRE. Bueno, sea.

MAN. ¡Oh, gracias! Me hace usted el hombre más...

SIRE. Bueno, bueno, explíquese usted pronto.

MAN. Sirena... Yo la amo a usted, la adoro con delirio; hace ocho días que la conocí, los mismos ocho días que ni como, ni duermo pensando en usted, así es que...

SIRE. ¿Eso es todo lo que usted me tenía que decir?

MAN. Le parece a usted poco; que la quiero, que la amo, que la adoro...

SIRE. No siga usted, ya me he enterado, y sepa que es usted un majadero, un majadero y un majadero.

MAN. (Imitándola.) Un majadero, un majadero y un majadero... Yo te juro que me las vas a pagar. (Hace mutis primera izquierda.)

ESCENA IV

SIRENA y ANTONIO; al final MANOLITO

ANT. (Entrando foro.) ¡Sirena!

SIRE. ¡Antonio!

ANT. Buscándote venía.

SIRE. ¿Será verdad?

ANT. Lo dudas, después de las pruebas que te estoy dando de cariño.

SIRE. ¿De veras me quieres tanto?

ANT. Más que al premio gordo de Navidad.

SIRE. Por Dios, Antonio.

ANT. Sirena mía... No. Pero desde hoy quiero llamarte de otra manera.

SIRE. ¿Como?

ANT. Quiero llamarte mi mujer.

SIRE. ¿Pero de verdad voy a ser tu mujer?

ANT. Sí, mi mujer para que seas mi compañera de toda mi vida y para que me consueles cuando esté triste, que no lo estaré nunca a tu lado. Con que ahora mismo voy a decírselo a mis padres ¿quieres o no?

SIRE. Naturalmente.

ANT. Bendita sea tu boca. Pues así que hable a mis padres, me den o no su consentimiento, yo me caso contigo.

SIRE. Pues vuela que aquí te espero, deseosa de saber lo que tus padres acuerden.

ANT. Enseguida estoy aquí. (Váse foro.)

SIRE. Me quiere, me quiere mucho, me hará muy dichosa; pero si algún día me engañase, lo mataría.

MAN. (Saliendo 1.ª izquierda.) Por última vez, señorita.

SIRE. (Aparte.) Otra vez este antipático. (Alto.) No sé como hay que decirle a usted las cosas, caballero. (Váse segunda izquierda.)

MAN. (Solo.) Pero señor, ¿tan feo soy que no me quiere ni mirar? Pero anda, que Antonio y ella me las pagan, vaya si me las pagan. (Váse tras ella.)

ESCENA V

DOÑA RAIMUNDA, DON BENITO y ANTONIO por el foro.

BEN. Bueno, hijo, no vayan a resultar luego las cosas tuyas.

ANT. ¿Quieres callar, papá?

BEN. Entonces no tengo ningún inconveniente, porque dices que es guapa, es...

RAIM. Sí, hijo, siendo guapa, para tu padre no hay ningún inconveniente. Pero ten presente que si es una mujer que solo va guiada por el interés y no por tu cariño, llamativa, gastosa... y sobre todo que a mí no me guste, ya sabes que yo no doy mi consentimiento.

ANT. ¡Por Dios, mamá!

BEN. ¿Qué sabes tú de esto, centenaria?

RAIM. ¡Habrá granuja!

BEN. Para qué me habré casado yo con una mujer que es más antigua que el descubrimiento de las Américas.

RAIM. Pues, mira que a tí te falta un mes para cumplir los quince.

BEN. Pero yo por lo menos puedo alternar con el elemento joven, principalmente con las muchachas.

ANT. ¿Pero queréis callaros?

RAIM. El que debe callarse es tu padre.

ANT. Anda mamá, acompáñame a buscar a mi novia.

RAIM. Sí, hijo, con eso me dará un poco el aire, porque estoy sofocada.

BEN. Vete, vete. Aquí os espero. (Mutis Antonio y D.ª Raimunda por el foro.)

ESCENA VI

DON BENITO y a poco MANOLITO, por 2.ª izquierda.

BEN. ¿Guapa y elegante, eh? Me pondré bien el nudo de la corbata. (Empieza a arreglarse la corbata.)

MAN. (Entrando.) (Aparte.) Gracias a Dios que lo he encontrado. Me las va a pagar Sirena.

BEN. Hola, pollo, como vamos.

MAN. Regular, regular.

BEN. ¿Que noticias me cuenta usted?

MAN. Don Benito, ¿quisiera usted oirme dos palabras?

BEN. Si señor, con mucho gusto, aunque fueran doscientas.

MAN. La verdad es, que no sé como empezar, porque el asunto es tan delicado, que a mí lo que me decide a comunicárselo es la simpatía tan grande que le profeso.

BEN. Hable, hable, que me tiene atemorizado, porque no acierto a comprender qué asunto grave es el que a mí me puede interesar.

MAN. Pues verá usted. Su hijo sostiene relaciones con una señora que le dicen Sirena; frívola, alegre, en una palabra, coqueta; que más vá por el dinero de su hijo que por el cariño que le tiene.

BEN. Pero si mi hijo me ha pedido mi consentimiento para casarse con la Srta. Rosa Rubio.

MAN. ¿Rosa Rubio? (Aparte.) ¿Quien será Rosa Rubio?

BEN. Y diga, diga, ¿es guapa esa Sirena?

MAN. ¿Cómo, guapa? ¡Es una cosa divina!

BEN. Pues hombre, me gustaría conocerla.

MAN. (Mirando 2.ª izquierda.) ¿Sí? Pues por allí viene. Y que no le vaya usted a decir que yo...

BEN. Quite usted, hombre. Si usted no tuviera inconveniente en presentármela.

MAN. Quiá... Aquí llega.

ESCENA VII

Dichos y SIRENA; 2.ª lateral izquierda.

MAN. Señorita...

SIRE. ¿Que se le ofrece?

MAN. Quisiera, si usted me lo permite, presentarle a este caballero.

SIRE. Por qué no, con mucho gusto.

BEN. El gusto es el mío, señorita.

MAN. Don Benito Gutiérrez, padre de Antonio. La señorita... bueno, Sirena, así la llamamos aquí. (Aparte.) No sé como se llama.

BEN. He tenido un gran placer en haberla conocido, porque no todos los días tiene uno la satisfacción de ser presentado a muchachas tan lindas como usted.

SIRE. Es usted muy galante, caballero.

BEN. (Queriendo echar a Manolito.) Don Manolito, me parece que le llaman por ahí dentro.

MAN. ¿A mí?

BEN. Sí, sí, a usted.

MAN. Voy a ver. Con su permiso. (A Sirena.) (Váse 1.ª izquierda.)

BEN. Vaya, vaya. Siéntese usted. (Se sientan.) (Aparte.) Y es guapa de verdad. (Alto.) Y diga usted, señorita, ¿es usted la que ha tenido relaciones con mi hijo?

SIRE. Si señor, yo soy.

BEN. Pues mire, usted no sienta que mi hijo la haya dejado...

SIRE. ¿Como?

BEN. Porque eso lo hace con todas, y lo mismo que lo ha hecho con usted, lo puede hacer con la que se va a casar.

SIRE. ¿Pero usted a quien se refiere?

BEN. A mi hijo Antonio.

SIRE. Pero si su hijo se iba a casar conmigo.

BEN. Quiá. Eso me dijo, que tenía una novia, pero que la dejaba para casarse con la otra, que se llama Rosa Rubio.

SIRE. (Aparte.) Ya comprendo, este hombre me toma a mí por otra, porque Rosa Rubio soy yo, solo que como me di-

cen Sirena. (Alto) ¿Conque, dice usted que se va a casar con otra?

BEN. Si señora, y lo mismo que le gustan las mujeres le gusta el juego.

SIRE. Sí, ¿eh?

BEN. Ya vé usted, había días que entraba en el casino por la tarde y jugaba desde las siete y media...

SIRE. Hasta el amanecer ¿no?

BEN. No. ¡Hasta el monte inclusive!

SIRE. (Aparte.) ¡Habrá granuja!

BEN. Y vamos, si mi hijo la ha dejado, no le será difícil encontrar otro que le sustituya. Por ejemplo... uno así como yo.

SIRE. (Levantándose.) Oiga usted, caballero.

BEN. (Se siente ruido.) (Aparte.) Cielos, ¿será mi mujer? (Alto.) Señorita, con su permiso de usted voy a... (Se siente la voz de D.ª Raimunda.)

SIRE. Sí señor, usted lo tiene.

BEN. Ahora mismo vuelvo. (Aparte.) Digo, si me coje mi mujer. (Mutis 2.ª derecha.)

SIRE. (Sola.) Gracias a Dios que se fué el viejo. Habrá granuja de Antonio. Haberle hablado a otra mujer siendo novio mío. Pero un sustito le doy, vaya si se lo doy. (Mutis foro.)

ESCENA VIII

DON BENITO por donde se fué; luego el CAMARERO.

BEN. ¡Señorita! (Viendo que no hay nadie en la escena.) ¡Como! ¿pero se ha marchado? Le habrá parecido que tardaba y se habrá ido. Pues no, yo esto no lo dejo. Escribo una cartita dándole una cita. Porque si ahora la busco, me puede cojer mi mujer, y cualquier cosa es la que me arma. (Se sienta en la mesa del lateral derecha, saca papel y pluma, y escribe.) «Distinguida señorita: En el corto tiempo que tuve el gusto de escuchar su voz, ha inspirado usted una pasión tan grande en mi corazón, que la amo a usted con un ansia abrasadora; por tanto, le ruego tenga la amabilidad de asistir a la terraza a la

puesta del sol, que la aguardará impaciente su adorador, *B. Gutiérrez.»* (Cierra la carta y toca el timbre que hay en la mesa.) Ea, ya está. (Camarero saliendo segunda izquierda.)

CAM. ¿Llamaba el señor?

BEN. Sí. Toma esta carta y se la entregas a esa señorita que se llama Sirena.

CAM. ¿A esa que le habla su hijo de usted?

BEN. Le hablaba.

CAM. ¿Como, ya no le habla?

BEN. No. Pero dejemos esto, que a tí nada te importa, y haz lo que te he mandado. Yo en tanto voy a dar un paseito por la playa. (Váse foro.)

ESCENA IX

CAMARERO y MANOLITO 1.ª izquierda.

CAM. Allá ellos.

MAN. (Saliendo.) ¡Eh, eh, camarero!

CAM. ¿Mande usted?

MAN. ¿Quisieras ganarte cincuenta pesetas?

CAM. Ya lo creo. ¿Que es lo que hay que hacer?

MAN. Poca cosa, que me entregues esa carta.

CAM. ¿Esta carta?

MAN. Sí, esa carta; me parece que la cosa no es difícil.

CAM. ¿Pero y si se entera ese señor que no he cumplido su encargo y...?

MAN. No tengas cuidado hombre. Es que se la quiero entregar yo en persona.

CAM. Siendo así no tengo ningún inconveniente.

MAN. Bueno, pues toma. (Le dá 50 pesetas; el Camarero le dá la carta.) Y cuidado con decir una palabra de esto a nadie.

CAM. Descuide usted, señorito. (Mutis lateral izquierda.)

MAN. (Viéndole marchar.) ¡Señores y que camareros más honrados tiene este balneario!

ESCENA X

MANOLITO solo.

MAN. Pues señor, ha sido peor el remedio que la enfermedad. Le cuento al padre un embuste para que impida al hijo casarse con Sirena, y empieza a enamorarla también. (Con amargura.) ¡Si soy el hombre más desgraciado del globo terráqueo! ¡Tengo la seguridad que me metía a fabricante de sombreros y nace la gente sin cabeza! ¡Pero anda, que ahora si que me voy a librar de los dos; porque esta cartita se la entrego yo a la mujer de don Benito, le arma un dos de Mayo, y se lo lleva del balneario, y al llevarse al padre, se tiene que llevar al hijo; y llevándose a los dos, me dejan el campo libre... Pero, ¿y si por casualidad me sale mal la jugarreta, y me cargo una serie de palos que me baldan?... Pero, de los audaces es la fortuna, yo me decido. La verdad es que soy un sinvergüenza, porque mira que hacerle creer a Don Benito que Sirena es una de tantas. (Dirigiéndose al foro.) ¡Pero, calla, si viene allí doña Raimunda! ¡Bonita ocasión! (Se sienta en la mesa del centro a hojear un periódico.)

ESCENA XI

Dicho y DOÑA RAIMUNDA por el foro.

RAIM. Buenas, caballero. ¿No ha visto usted a mi hijo? Porque fuí con él a la playa a buscar a su novia, y no sé donde se ha metido.

MAN. (Aparte.) Se habrá ahogado. (Alto.) No, no señora, no lo he visto.

RAIM. Entonces, voy a ver donde se ha metido mi marido; porque lo dejé con unas muchachas y de seguro que... (Se dirige 2.ª lateral izquierda.)

MAN. (Deteniéndola.) Oiga usted, Doña Raimunda... No busque usted a su marido, porque...

RAIM. (Asustada.) ¿Le ha pasado algo?

MAN. No, no, este no se ha ahogado.

RAIM. ¡Eh!

MAN. Que no, señora. Como pasarle, no le ha pasado nada; sino que... yo no se lo quisiera decir a usted... pero...

RAIM. Por Dios, hable usted pronto.

MAN. Es, que el asunto es tan delicado...

RAIM. Pero, ¿quiere usted acabar?

MAN. Sí, sí, señora. Digo, no, no, señora.

RAIM. ¿Concluye usted, o no? (Impaciente.)

MAN. Yo señora, soy un caballero, pero ante la insistencia de usted, no vacilo en comunicarle el grave asunto que a mí ha sido confiado. Ahora, que con una condición:

RAIM. Diga usted.

MAN. De que no diga usted a nadie y mucho menos a su esposo, que yo he sido el que...

RAIM. Descuide usted.

MAN. Pues entonces, (Mira con mucho misterio por todas las puertas, y le dá la carta.) tome usted.

RAIM. (Después de leer la carta.) ¡Pero, si no es posible! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Una cita en mis propias narices! ¡Donde lo coja, lo mato! (Pasea agitada por la escena.)

MAN. (Que no se atreve a moverse; cada vez que Doña Raimunda se dirige a él, le pone una silla delante, como si temiera que Doña Raimnnda descargue su ira con él.) Por Dios, señora, no chille usted... Y que no sepa que yo...

RAIM. Descuide usted... Pero, calla, ¿y si esto es una broma que me quiere dar usted?

MAN. Señora, me parece que yo no tengo confianza con usted para darle bromas de ese género. Yo le doy mi palabra que...

RAIM. Basta, caballero, basta. Yo no es que dude de usted, pero se me ha ocurrido una idea que no se le hubiera ocurrido a Doña Urraca de Castilla.

MAN. (Aparte.) ¿A que va a meter la pata? (Alto.) Diga usted, ¿que es ello?

RAIM. Verá usted. Si le enseño la carta a mi esposo, va a decir que no es suya, y no va a acudir a la cita. ¿No es verdad?

MAN. Es lo más probable.

RAIM. Bien, pues yo lo que voy a hacer es pasar por la señora a quien él le dá la cita, y así no podrá negar... ¿Le parece a usted bien?

MAN. Bien, señora... Yo creo lo mejor, que coja usted a su marido y se lo lleve del balneario esta misma tarde. (Aparte.) Esta no me estropea a mí el paso doble.

RAIM. Caballero...

MAN. (Sacando el reloj.) Mire usted: a las siete pasa un tren para Madrid; en ese pueden ustedes marchar.

RAIM. Es inútil, caballero. Agradezco mucho sus consejos, pero mi resolución es irrevocable. Irrevocable. (Mutis segunda lateral derecha.)

MAN. En buen embrollo me he metido. Dios quiera que doña Raimunda no meta la pata; pero la mete, vaya si la mete.

ESCENA XII

Dicho y SIRENA, por el foro.

SIRE. Engañarme a mí de esa manera. Hablarle a otra mujer siendo novio mío. ¿Pero qué plan inventaría yo para vengarme, para darle un sustito. (Reparando en Manolito.) ¡Ah, que idea! Como este... claro... él llega, nos sorprende, y... el susto se lo lleva. (Mirando por el foro.) Anda, y por allí viene él. No perdamos el tiempo. (Acercándose a Manolito que está sentado hojeando un periódico.) Hola, don Manolito, buenas tardes.

MAN. (Manolito se vuelve asombrado.) ¿Pero es a mí?

SIRE. Sí, a usted, no sé que tenga de particular que yo le salude.

MAN. Si es cierto. Pero como antes sucedió... lo que sucedió.

SIRE. ¡Ah! ¿Pero se creyó usted que lo de antes lo decía yo de veras?

MAN. ¡Como! ¿Pero no lo hacía...? (Lleno de alegría.)

SIRE. Lo hacía para probar su constancia de usted. (Aparece Antonio por el foro.)

MAN. Entonces, ¿consiente usted en hacerme dichoso, Sirenita?

SIRE. Usted siga como hasta ahora, que no ha de pesarle. (Aparte, a Antonio que ya ha visto en la puerta.) Toma novia.

MAN. ¡Oh, gracias Sirenita!... Un palacio, que digo un palacio, un... (Sin terminar la frase; hace mutis con ella por la segunda lateral izquierda.)

ANT. (Entrando en la escena.) ¡Canalla! Engañarme a mí, a mí con otro hombre, con un imbécil... Pero la mato, la mato. (Váse tras ellos con la cabeza baja como para embestir.)

ESCENA XIII

DON PROCOPIO, per ol foro, a poco CAMARERO.

PROC. ¡Buen atardecer! ¡Esto es una delicia! ¡Qué lástima tener que dejar este balneario! Pero el negocio, es el negocio; que le vamos a hacer. (Saca el reloj.) ¡Caramba, la seis y media! (Toca el timbre.) Y el tren sale a las siete; no hay tiempo que perder.

CAM. (Saliendo 2.ª lateral izquierda.) ¿Llamaba el señor?

PROC. Sí. Has el favor de bajarme la maleta que está en mi cuarto, y la cuenta.

CAM. Se vá usted por fin, ¿no?

PROC. Sí, en el tren de las siete; conque no pierdas tiempo.

CAM. Al momento señor, al momento. (Váse 2.ª izquierda.)

PROC. Con lo bien que se está aquí..., pero, ¡que le vamos a hacer!, a Madrid. (Pausa.) Pero este camarero, cuanto tarda... (Llamando.) ¡Camarero..., camarero...!

CAM. (Saliendo por donde se fué, con una maleta, un sombrero y una cuenta.) Aquí está, señor.

PROC. Venga. ¿Cuanto debo?

CAM. Véalo; cien pesetas.

PROC. (Sacando la cartera.) Toma. (Saca dos duros del chaleco.) Y diez para tí. (Váse foro.)

CAM. Vaya usted con Dios... Pues señor, cinco como este todos los días, era lo que hacía falta. (Mirando segunda izquierda.) Por ahí viene la parejita y... disgustada... Pues a mí con pegoletes no, yo me volatilizo. (Váse por el foro.)

ESCENA XIV

SIRENA y ANTONIO por la 2.ª izquierda, muy enfadados.

SIRE. Engañarme a mí, miserable; no tienes perdón de Dios. (Muy compungida.)

ANT. Pero mujer, escucháme.

SIRE. No tengo oidos para nadie, y menos para tí.

ANT. Pero, ¿qué te sucede? Más motivos tengo yo para disgustarme. Pero ya comprendo: tu riñes, para no ser reñida; y no serás tu quien aquí levante el gallo. ¡Pues estaría bonito que tú hicieses lo que has hecho, y encima de todo te fuese yo a mimar y a decirte que te quiero! (Sirena llora) Pues no, no y no; eso ni lo pienses siquiera, ¿lo oyes? Bueno, pues ya lo sabes.

SIRE. De todo, tu tienes la culpa.

ANT. ¿Yo...?

SIRE. Sí, tu, que has tenido otra novia, hablándome a mí.

ANT. Pero mujer, eso fué antes de conocerte a tí; pero esa, no está ya ni en el balneario.

SIRE. Pues, si dicen que sí.

ANT. Bueno, ¿pero a tí quíen te ha contado esas majaderías?

SIRE. Sí, majaderías. Pues las majaderías me las ha contado tu padre; sí, tu padre; que tu le hablabas a otra mujer, y que te ibas a casar conmigo, sin saber él, que era yo la otra, la que se iba a casar contigo; y me tomaba por la otra, sin ser yo la otra... Y todo eso por culpa tuya. (Todo esto lo dirá muy ligero.)

ANT. Pero mujer, explícate mejor, porque yo no te entiendo.

SIRE. Hazte el nuevo. ¿No me entiendes? Pues haber puesto atención. Desde ahora hemos terminado.

ANT. Pero mujer, yo te juro, que tuve relaciones con otra mujer, pero terminamos antes de hablarte a tí. Y si yo me caso, solo es contigo.

SIRE. Entonces, ¿ya no le hablas? (Muy contenta.)

ANT. No. Pero, dime ahora: ¡La que me engaña eres tu, con Manolito!

SIRE. No, tonto. Todo fué que te ví venir, y como yo creía que le hablabas a la otra, pues para vengarme me dejé enamorar por Manolito. Pero no fué nada más que para vengarme.

ANT. Entonces, ¿me sigues queriendo?

SIRE. Más que a mi vida. (Se van a abrazar.)

ANT. (Sorprendido.) Pero calla, ¿quien es esa señora del velo? (Por Doña Raimunda, que mientras decían las últimas palabras, ha entrado por la 2.ª de la izquierda y sin reparar en ellos, se ha asomado a la terraza. Trae la cara cubierta con un velo muy largo)

SIRE. (Mirando a la 2.ª derecha.) ¡Toma! Pues por allí viene tu padre muy compuesto.

ANT. Es original.

SIRE. Mira, vamos a escondernos aquí detrás, (Por el biombo.) para darle una sorpresa.

ESCENA ULTIMA

SIRENA y ANTONIO detrás del biombo; DOÑA RAIMUNDA en la terraza; a su tiempo DON BENITO y al final MANOLITO.

RAIM. (Desde la terraza.) Ya es la hora de la cita. Esperaré aquí a ese granuja que no tardará en venir. (Queda mirando por la terraza.)

BEN. (Saliendo 2.ª derecha muy compuesto y con una flor en el ojal.) ¿Todavía no ha venido? (Mira a la terraza y ve a Doña Raimunda, a quien él toma por Sirena.) ¡Ah, sí! Está ahí. (Mira por todas las puertas.) Lo que no sé, es por donde andará mi mujer, esto me tiene escamado. (Llamando a Doña Raimunda.) Sirenita...

SIRE. (Detrás del biombo con Antonio hasta que se indique la salida, le dice a Antonio.) Oye, me llaman. (Asoma la cabeza y vé a Don Benito.) ¡Es tu padre el que me llama!

ANT. ¿Mi padre? (Asomándose.) ¡Anda, pues es verdad!

BEN. (A Doña Raimunda.) Sirenita, ¿hace usted el favor?

SIRE. (A Antonio.) Lo ves, me llama; voy a ver lo que quiere. (Va a salir.)

ANT. (Deteniéndola.) Espera, ¿no ves que se dirige a esa señora del velo?

SIRE. Es verdad.

RAIM. (Volviéndose.) ¡Ah! ¿Pero está usted ahí? Muy buenas tardes, caballero. (Baja a la escena.)

BEN. ¿Supongo recibiría usted mi cartita?

RAIM. Sí, señor; y por eso he venido a ver que se le ofrece.

BEN. (Aparte.) ¿Pues no se parece a la voz de mi mujer? Serán aprensiones mías. (Alto.) Sirenita, ¿no se lo ha podido usted figurar? Pues ello es, que la quiero, que la amo a usted, que la adoro con una pasión arrebatadora, en fin, que no puedo vivir sin usted, y que estoy loco por usted.

RAIM. Por Dios, no vaya usted tan aprisa.

ANT. (A Sirena.) Si no lo viera, no lo creería.

BEN. ¿Como de prisa? Las cosas cuanto antes, mejor... Así comprendo que mi hijo se enomorara locamente de usted. Lo que no comprendo es como la ha dejado para casarse con otra, que seguramente, no tendrá una cara tan bonita como la de usted.

RAIM. (Aparte.) Habrá sinvergüenza. En cuanto me levante el velo, verás bonita.

SIRE. (A Antonio.) Conque esa es la que tu le has hablado, y decías que no estaba en el balneario.

ANT. Sirena, yo te juro que aquí debe haber una equivocación.

BEN. (A Doña Raimunda.) ¿Entonces, accede usted a mi petición?

RAIM. Yo accedería, pero es usted casado, y...

BEN. (Aparte.) ¡Caray, como se parece a la voz de mi mujer! (Alto.) ¿Decía usted?

RAIM. Decía ¿que como siendo casado, me hace usted el amor?

BEN. ¡Ay señora! Compadézcame. Usted no conoce a mi mujer. Es un chacal, que digo un chacal, una pantera de Java. Luego, no me deja ni a sol ni a sombra; es más celosa que un turco, y luego, sin motivo...

RAIM. (Aparte.) Ya te daré yo a tí turco.

BEN. Uno no es tan viejo.

RAIM. Sí, es claro.

ANT. (Aparte.) ¡Habrá granuja!

RAIM. ¿Y por qué se ha casado usted con ella?

BEN. Porque antes era un dulce que no empalagaba, pero ahora se me ha indigestado.

ANT. Como está poniendo a mi madre.

RAIM. ¿Y conmigo haría usted lo mismo?

BEN. ¿Con usted yo? (Aparte.) En cuanto me canse.

SIRE. (A Antonio.) Conque tu novia, ¿eh...? (Llora.)

ANT. ¡Mujer!

BEN. Entonces, quítese el velo y míreme usted cara a cara, para que yo pueda admirar sus divinos ojos.

RAIM. No, el velo no; se lo suplico. Ahora me voy, no vaya a venir su esposa y... Pero ya nos veremos, ya nos veremos. (Con intención.)

ANT. (Saliendo de detrás del biombo.) Espérame ahí. (A Sirena.)

BEN. Bueno, entonces. (Antonio le toca en el hombro.) ¡Eh! (Se vuelve asustado.)

ANT. Papá.

BEN. (Se hinca de rodillas en el suelo en una postura ridícula, como si buscara algo.) Estaba buscando a esta señorita un anillo que se le ha perdido.

ANT. Es inútil, papá, lo he oido todo.

BEN. ¡Ah! ¿Entonces? (Asustado.)

ANT. Sí. (A Sirena.) Sirena, sal. (Sale Sirena de detrás del biombo. Don Benito no la vé hasta que se indique.) Ahora mismo va a decir esta señorita, si me conoce a mí de algo.

RAIM. Ya lo creo que le conozco.

SIRE. ¿Lo ves?

BEN. (Reparando en Sirena.) ¡Ah! ¿Usted, señorita? (Se queda como muerto.) Entonces, ¿esta señora quien es?

RAIM. (Levantándose el velo.) Esta es tu mujer, que te va a matar ahora mismo.

ANT. ¡Mamá!

BEN. ¡Mi mujer! (Doña Raimunda sale corriendo detrás de Don Benito que se refugia entre Sirena y Antonio.) ¡Socorro, que me hace papilla!

ANT. Déjalo, mamá; ahora aclararemos esto. (A Sirena.) ¿Ves como no te engaño?

SIRE. Sí, pero...

ANT. Espera. (A sus padres.) Tengo el gusto de presentaros a mi novia Rosa Rubio, que me casaré con ella, si ustedes me lo permiten, en cuanto lleguemos a Madrid.

BEN. ¿Pero esa no es Sirena?

ANT. Es que la llaman así por lo bien que nada.

BEN. (Aparte.) Pues he metido la pata hasta el cuadril. Ese Manolito me las paga.

ANT. Bueno. Lo que no me explico, es esa escena amorosa entre ustedes dos.

RAIM. Que te lo cuente el sinvergüenza de tu padre. Yo lo único que sé es que un tal Manolito me entregó una carta, en la que este melón (Por Don Benito.) le pedía una cita a una mujer, y yo para sorprenderlo me hice pasar por ella, tapándome la cara con este velo. Lo demás ya lo saben ustedes.

BEN. ¡Ay, Don Manolito! ¡Los palos que me dé a mí mi mujer, te los voy yo a dar a tí multiplicados por ciento.

SIRE. Bueno, ¿y a quien era la mujer que usted le pedía la cita?

BEN. Si me prometen ustedes no matarme, digo la verdad.

ANT. Prometido.

BEN. Pues entonces, allá vá. La mujer que yo le pedía la cita era a usted. (Por Sirena.)

SIRE. ¿A mí? (Sorprendida.)

BEN. Si, a usted.

ANT. Por Dios, papá, explíquese usted claro; porque si fuera verdad que Manolito...

SIRE. Antonio, por Dios.

BEN. Manolito, ese, ese es el que tiene la culpa de todo; porque él fué el que me dijo que esta no era tu novia, sino una mujer que tenía relaciones contigo, a la cual habías dejado para casarte con otra; y entonces yo me dije: ¿si se vá a casar, para qué quiere a esta? Entonces la ví, le dije que la querfa, y ella me respondió que si hablaba en broma...

SIRE. Naturalmente.

RAIM. Habrá granuja.

BEN. En esto sentí ruido, y por si era mi mujer, con un achaque me fuí, y cuando volví ya no estaba. Entonces le escribí una carta, en la cual le pedía una cita. ¡Lo que no comprendo, es como esa carta ha llegado a manos de Manolito!

ANT. ¿Y qué motivos tiene ese hombre para decir de tí...?

SIRE. Hombre, que estaba enamorado de mí, y como yo no le hacía caso, pues para vengarse...

ANT. En cuanto lo coja, lo estrangulo.

RAIM. Entonces, ¿usted es la novia de mi hijo?

ANT. Sí, mamá.

BEN. Estoy poniendo en claro que el causante, el único causante de todo, es Manolito.

SIRE. ¡Ya lo creo!

BEN. ¿Es verdad? Pues entonces, ya que está todo en claro, yo no tengo inconveniente en vuestra unión.

SIRE. Muchas gracias.

ANT. Sí, pero nosotros no vamos a ser felices, hasta que ustedes también lo sean. Perdónalo mamá.

RAIM. Perdóname, ha sido una calaverada de muchacho.

SIRE. Ande usted, perdónelo.

RAIM. Sea. Pero si algún día me vuelve a engañar. (Le tira un pellizco.)

BEN. ¡Ay! Descuida mujer, descuida.

ANT. Y en lo que toca a Manolito, yo les juro que no vuelve a veranear más. (Entra Manolito muy compuesto y muy contento por la 2.ª izquierda con un gran ramo de flores en la mano. Al ver a los cuatro personajes que hay en la escena, se queda como petrificado.)

MAN. ¡Rebomba! (Va a huir.)

BEN. ¡Ola, caballerito! (Lo coge de un brazo y lo lleva al centro de la escena.)

MAN. Me caí.

BEN. Conque usted decía que esta señorita no era la novia de mi hijo.

MAN. Yo... yo... le diré... a usted.

ANT. (Interrumpiéndole.) Conque usted era el que decia que yo no era el novio de esta señorita. (Lo coge de un brazo y se lo lleva a un lado de la escena.)

SIRE. Y que yo no era la novia de este señor. (Lo coge de un brazo y se lo lleva al otro lado de la escena.)

MAN. No hay escape... Es que yo... Señores, hagan ustedes el favor de oirme, de dejarme hablar.

RAIM. Lleva razón, dejémosle hablar.

MAN. Yo soy muy desgraciado, y si he hecho esto que he hecho, ha sido porque estaba locamente enamorado de Sirena; pero ahora que veía mi sueño realizado, veo que también esto es mentira. Por tanto, señores, yo les ruego que me perdonen, y me volveré mañana mismo a Madrid, a llorar este nuevo desengaño. (Llora cómicamente.)

ANT. Lleva razón, perdonémosle.

MAN. ¡Oh, gracias! Muchas gracias.

BEN. Muy bien; y ya que está todo arreglado, mañana nos volveremos todos juntos a Madrid... Y no se apure usted, hombre, puede que allí encuentre usted novia.

MAN. Lo veo difícil, porque con esta cara... pero en fin, me resigno.

BEN. Verdaderamente que la cara...

MAN. ¿Qué?

BEN. No, nada, nada.

SIRE. (Adelantándose al público.)

Y aquí la comedia acaba,
los autores solo piden
que le déis una palmada.

TELÓN





Precio: UNA peseta.

